



*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Publicación semanal de asuntos de películas

*Redacción y Administración:
Diputación, 292 - Barcelona*

Año I

Núm. 8

*EL EGOISMO DE
LOS HOMBRES*

*Comedia dramática americana,
de la que es protagonista
la bellísima artista*

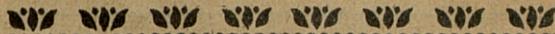
DOROTHY DALTON

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de SELECCINE, S. A.

PROGRAMA AJURIA

*Con esta novela exija V. la postal-obsequio de
LEW CODY*



El egoísmo de los hombres

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En medio de la paz soñolienta de una aldea tranquila y retirada de la Nueva Inglaterra, Telma Miller se había hecho mujer.

La súbita muerte de su padre la dejó sola, para enfrentarse con la lucha y las asperezas de la vida.

Telma—que perdió en su niñez a su madre—vivía con su anciana tía Marta, único parente que le quedaba.

Pasado algún tiempo desde la desaparición del mundo de su buen padre, Telma se enteró de todos los asuntos financieros de su querido muerto, y supo cuál era su situación pecuniaria.

Ante la realidad de su cambio de posición social, dialogó con tía Marta de esta manera:

—El notario me escribe diciendo que mis únicas rentas serán doce dólares al mes...; de modo que no me queda más remedio, tía, que ponerme a trabajar para ganarme el sustento.

—No, Telma, no... Por Dios, no me dejes. Ya veremos cómo nos las componemos para que no tengas necesidad de trabajar.

—Esta tarde iré a ver al doctor Went. Le

pediré consejo. Lo que él diga será lo más acertado. Desde luego, no debes tener esperanza alguna, tía, de que de repente nos lloverá dinero del cielo. Tendré que buscar algo productivo.

—Lo que yo quisiera es que no te fueras de esta casa, donde siempre hemos vivido jun-



—*Esta tarde iré a ver al doctor Went. Le pediré consejo.*

tas. Pero, por encima de todo, hija mía, está tu felicidad... y a todo me resignaré con tal de que tú seas dichosa.

—¡Qué buena eres, tía!

Dos días después el doctor Went, médico de

la familia y viejo amigo del padre de Telma, iba a visitar a ésta y a su tía en el hogar de ambas.

—¿Se ocupó usted de mi asunto, doctor?—le preguntó Telma.

—Sí, y por cierto que estoy satisfecho de mi éxito.

—¿Ha encontrado usted algún buen empleo para mí?

—Un empleo excelente, tal como suena. Mas es condición que os separéis tu tía y tú. Ya debíais suponer, creo yo, que esto tenía que llegar.

—Si usted cree, doctor, que la cosa le conviene a mi sobrina... ya que no con su compañía, me contentaré con sus largas cartas.

—Así me gusta, doña Marta. Así Telma podrá aceptar el cargo de institutriz en una familia honorabilísima y muy rica. Todo está hablado con la madre de los dos niños—varón y hembra—de cuya educación tendrá que cuidar su sobrina. Telma no tiene más que presentarse con una carta de recomendación.

Así lo hizo la interesada. Y al cabo de una semana Telma comenzó una nueva vida en La Florida, donde tenían su regia mansión los Tonsend.

Estos eran: la señora viuda de Watkins, sus dos hijos Bob y Mary, y Godard Tonsend, padre y abuelo respectivamente.

Los niños eran un primor de criaturas. Ella, rubita como un sol; él, de pelo castaño y tez

delicadamente morena. Se querían a cual más.

Su madre, que pisaba los cuarenta otoños, era, a juzgar por su bien conservada belleza, aún susceptible de enajenar algún corazón. Sin embargo, el recuerdo del difunto amado y el deseo de ver convertidos en modelos de hijos a Mary y Bob, por sí solos acapa-



—Así Telma podrá aceptar el cargo de institutriz en una familia honorabilísima...

raban su atención.

Telma inspiró en seguida la mayor confianza a la viuda, y los niños la acogieron como su nueva institutriz muy alborozados.

Y era que Telma poseía el inapreciable don

de la simpatía. Tenía además un rostro muy agradable que irradiaba la ternura de su corazón. De buena estatura y proporcionadas líneas, no era posible verla por primera vez sin detenerse a mirarla de arriba abajo como si se quisiera comprobar que no había en ella exteriormente la menor imperfección.

Así lo reconoció la madre de los niños y también el ama de llaves de la familia, una buena mujer de muy bien puestas carnes, blanda como migas de pan, trabajadora infatigable, hacendosa y hábil en la administración del hogar.

Un día llegó a casa de la viuda de Watkins su hermano Norris Tonsend.

Alto, elegante, buen mozo, comerciante enamorado de su profesión, excelente hijo, roncador de los veinticinco años, Norris era apreciadísimo dentro de la familia y fuera de ella.

Su hermana—la viuda—se llevó sorpresa al verle.

—¡No te esperaba, Norris! ¿Cómo te has decidido a venir a pasar tus vacaciones aquí? Siempre has dicho que esto era un cementerio, sin diversiones ni atractivos...

—Es que estoy fatigado, Clara. Me hace falta un descanso absoluto después del ajetreo de Nueva York.

—Pues aquí le puedes encontrar. Yo estoy muy contenta de tenerte a mi lado, y los niños también lo estarán, que bien sabes cuánto te quieren.

—Y yo a ellos. ¿Dónde andan esos diablos?

—Ahí fuera, en el parque, con la nueva institutriz. Ve a presentarte a ellos como por encanto. De seguro se te subirán al cuello Bob y Mary. Luego te das a conocer personalmente a la señorita Telma. Es una joven que cumple las características que yo anduve buscando siempre en la educadora de los niños.

—Ya tengo curiosidad de verla.

A poco Norris buscaba en el parque a sus sobrinos... y a la institutriz.

Los tres se hallaban sentados en el suave césped en pintoresca decoración y a la sombra de un frondoso árbol.

Telma, a petición de los niños, empezaba en aquel momento la lectura del cuento del Príncipe Encantado y la Princesa Florilinda.

“Había una vez una Princesa hermosísima que gustaba de pasearse por el Puente de los Enamorados, desde donde esperaba la llegada de un Príncipe.”

“Un día, sobre las ondas de plata, el Príncipe llegó con un traje de terciopelo y una daga al cinto y una pluma en el sombrero...”

—¡Es el tío Norris, es el títo!—interrumpieron los niños al verle acercarse a ellos.

Telma suspendió la lectura; Norris besó efusivamente a sus sobrinos, y después envolviéndola a ella en una mirada a un mismo tiempo de cortesía y admiración, se presentó:

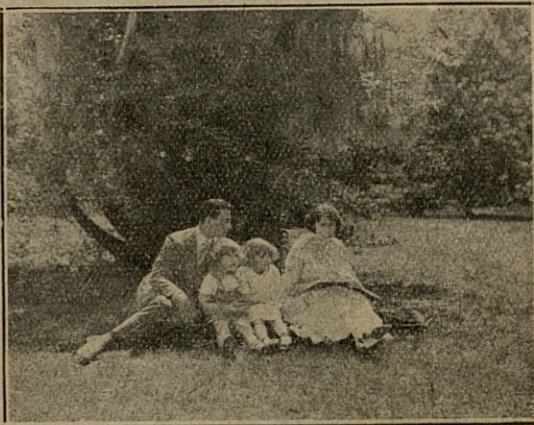
—Soy Norris Tonsend, el hermano de la se-

ñora. ¿Me permite usted que sea de la partida, para que los niños no se priven de esa historia que le oí comenzar?

—Como usted guste, señor.

Y Telma, ligeramente turbada, prosiguió la lectura.

“... Y apenas se vieron se enamoraron el uno



“Y apenas se vieron se enamoraron el uno del otro...”

del otro... y cuando el Príncipe partió hizo juramento a la Princesa de volver pronto a casarse con ella...

Pasaron los días y la Princesa sin cesar esperaba el regreso del Príncipe...

Solitaria y llena de melancolía porque su Príncipe no regresaba, se fué por la orilla del riachuelo vagando a la ventura... hasta que, en la Isla de la Desilusión, pidió a los dioses que se la llevaran con ellos... Y los dioses accedieron.

Los niños entristecieron al conocer el triste fin de la Princesa Florilinda...; mientras Norris, embelesado por la cálida voz de Telma y su adorable persona, vivía imaginariamente los instantes deliciosos del encuentro de la Princesa Florilinda con el Príncipe, considerando era él el galán y Telma la dama...

Por su parte Telma no podía resistir las miradas de Norris.

Será cierto o no lo será que existe un libro en el que están escritas las sentencias del destino, pero el hecho real fué que Telma y Norris sintieron desde entonces la imperiosa necesidad de verse.

Una novela más de amor empezaba.

* * *

Godard Tonsend, padre de la viuda de Watkins y de Norris, abandonó sus negocios para reunirse con sus familiares en La Florida durante una temporada. Su carácter dominante no admitía ni oposiciones ni réplicas. Adoraba a sus hijos y estaba empeñado en ser amo absoluto de la vida y del destino de Norris.

Apenas llegado a su quinta, Godard se ente-

ró—casualmente—de los amoríos de su hijo y Telma. Disgustado por ello, le habló como sigue a su hija, la viuda:

—Los niños, con su manía de imitar lo que ven, me han puesto en antecedentes de lo bien que aprovecha el tiempo su institutriz con Norris. ¡No lo sabías, verdad?

—A fe mía que no, papá. ¡No tenía yo idea de que Norris fuera tan absurdo!

—Hace tiempo que estoy pensando hacer un viaje para arreglar el asunto de nuestra cursual en Londres. Pero si Norris está haciendo tonterías, me parece que es mejor mandarle a él.

—Eso es...; mándalo a Londres; a cualquier parte... lo más lejos posible de esa muchacha...

Tan pronto como Norris, después de pasear por el bosque con Telma por los lugares más acomodaticios al amor, regresó a la casa, su padre, tras breve saludo, le dijo:

—Norris, he venido a hablar contigo del viaje a Londres.

—¿No vas tú?

—No. Yo no puedo ausentarme por ahora de la Central, y tú tendrás que substituirme.

—Tienes mucho empeño en ello?

—Un interés extraordinario. Yo me vuelvo esta misma noche a Nueva York y tú vendrás conmigo. El viaje a Londres no se puede retrasar un solo día y tenemos muchos detalles de que hablar antes de tu partida.

—Está bien, papá. Los negocios son los ne-

gocios; muchas veces me lo has repetido tú, pero te confieso que me contraría mucho este viaje.

—No comprendo la causa.

—Vine aquí a descansar... y hallé el reposo que necesitaba.

—Es un favor que te pido yo, Norris.

—No hablemos más. Te complaceré.

Norris, lleno de pesar, fué al encuentro de Telma, y se despidió de ella.

—Mi padre no piensa más que en los negocios, Telma, y quiere que yo me vaya a Europa y no puedo hacer más que obedecerle... Pero regresaré pronto... y te amaré siempre.

—¡Oh, Norris! Me dejas cuando más necesito de ti. Mas no quiero ser yo obstáculo para tu avenencia con tu padre. Ve adonde sea. Sólo te ruego que no te olvides de mí. Tus cartas me darán el consuelo que me animará a seguir esperándote. ¡Lo harás?

—Bien sabes tú que ese es mi deber. No desalientes, mi vida. No he querido nunca a nadie más que a ti. Tú eres mi ilusión, mi alma.

Y, llegada la noche, Norris y su padre partieron.

Telma se tumbó en la cama rompiendo a llorar. Norris iba a trasponer la frontera—pensaba—y tal vez no le vería en mucho tiempo. ¡Sería capaz acaso de no volver?

Los dorados reflejos del nuevo amanecer la sacaron de las sombras. No había dormido,

tranquila y confiada, como de costumbre. A lo sumo se quedó varias veces traspuesta, pero se despertó otras tantas presa de horribles pesadillas.

Pasaron las semanas de espera. Pronto fueron meses, largos como siglos.

Telma empezaba a dudar formalmente de Norris.

Dudaba de su caballerosidad y de su amor.

De su caballerosidad porque él la había poseído toda, en una fusión apasionada de cuerpo y alma.

De su amor porque ella se dió creyendo en él, en sus palabras ardientes como sus labios al mordisquear los suyos.

Fué inevitable.

El le preguntara: “¿Me quieres?”

“Sí”—respondióle ella.

“No te creo.”

“¿Por qué?”

“Porque tus besos son fríos.”

Le puso una mano en la nuca, la otra en el talle, ella se le abandonó trémula de emoción, y él colgó de su corazón la flor más pura y lozana que el destino depositó en su camino.

Fué en una tarde de agosto. El pesado ambiente enardecía los sentidos. El parque, lleno de perfumes, y el trinar alegre de los pájaros, invitaba al amor. Todo ello formó para la enamorada pareja el lecho del sacrificio.

Al borde ya de la desesperación, Telma envió a Norris la siguiente carta:

Hace ya casi tres meses que te marchaste y no hay esperanzas de que vuelvas. Ya te dije todo lo que pasa, en mi carta de hace un mes, pero no me has contestado. Y estoy tan asustada, que no sé qué hacer. Por Dios, Norris, por lo que más quieras, ven, te lo suplico.

Ese escrito era prueba patente de que la falta pasional no quedaba impune. Un ser se agitaba en las entrañas de Telma.

Norris se apresuró a contestar a la futura madre de su hijo. Le cursó un cablegrama.

Su padre Godard fué quien recibió ese parte.

Caía de pleno la noche. Godard, su hija y Telma, ya cenados, leían en un salonceito.

Al serle entregado el cable en cuestión, Telma se retiró a sus habitaciones y le leyó con afán.

Decía en él Norris:

Salgo en el primer vapor.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Telma.

Entretanto, Godard, intrigado por la recepción de ese cablegrama de Londres dirigido a la institutriz, a todas luces procedente de Norris, hablaba con misterio con su hija. Su deseo era conocer el texto de aquél.

Lo consiguió, gracias a la complicidad de su hija.

Y cuando Norris llegó, dispuesto a reparar su falta, su padre, ya en guardia, le habló sin ambages.

—¿Qué relaciones tienes tú con la institutriz de tu hermana?

—Yo?... Pues... mucha simpatía... cosa de jóvenes, papá.

—Hay algo más. Encontramos este cablegrama en su habitación. ¿Por qué había de tener esa joven tanto interés en que tú regresaras de Europa?

—Ha llegado la hora de sincerarme contigo. Vengo a casarme con Telma. Es mi deber.

—¿Esas tenemos, eh? ¿De modo que es una intrigante que trata de hacer negocio obligándote a casarte con ella?

—No debes culparla. Yo he sido el culpable.

—Ese estribillo me lo sé de memoria. Es innegable que una mujer que se entrega a un hombre al que apenas conoce—como es tu caso—es una...

—Papá! Esa mujer, a quien yo amo, será mi esposa, tu nuera.

—¡Nunca! O cortas completamente tus relaciones con ella, ahora mismo, o dejas de ser mi hijo y te las entiendes como puedas.

—No es posible que yo pueda hacer eso.

—Porque eres un necio. No añado ni una palabra más a lo dicho. Saldré para Nueva York dentro de veinte minutos. No olvides que te quedarás sin padre si no te quitas de encima ese compromiso.

Anonadado y bajo la influencia de la amenaza pronunciada por su padre, Norris no sabía qué decisión tomar.

El ama de llaves anunció a Telma la llegada de Norris, y ella se preparó, muy contenta, a recibirlle.

Norris se presentó en sus habitaciones, y Telma, apenas le vió, sonrióle olvidando todas sus angustias, y le abrió los brazos para estrecharle en ellos.

Norris, impulsado por el cariño que ella le inspiraba, no vió más que la felicidad que ella le ofrecía, y la adoró muy apretada contra su corazón.

—¡Al fin estás aquí, Norris! ¡Cuánto he sufrido!... Pero ya no quiero acordarme de ello. ¿Verdad que no nos separaremos más?

Norris recordó entonces las palabras decisivas de su padre y las tuvo en cuenta cobardemente.

—Hemos de hablar, Telma.

—Eso quiero yo.

—Siento mucho que mi ausencia te haya hecho padecer terriblemente. Pero desde hoy en adelante no debes apurarte... No te faltará nada. Lo arreglaré todo de modo que puedes ir a pasar una temporada lejos de aquí, donde nadie te conozca... y nada te faltará, Telma.

La institutriz, extrañando el modo de ha-

blar de Norris, le miró de hito en hito y le preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso, Norris?... ¿Es que no estás dispuesto a casarte conmigo?

—Hay algo que se alza ante nosotros...

—Tú me juraste que me amabas. ¿Cómo es que ahora no me quieras por esposa?



—¿Verdad que no nos separaremos más?

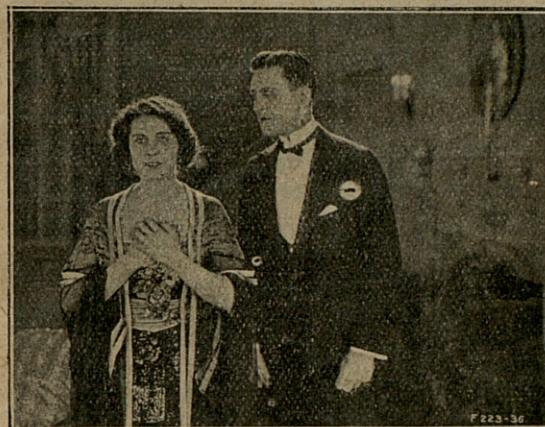
—Sí, te amo, te adoro... pero el matrimonio es imposible ahora... Mi padre me ha amenazado con desheredarme y todo mi porvenir está en juego... ¿No comprendes?

—¿Pero no comprendes tú lo que eso significa para mí?

—Sí, comprendo... Y te juro que nada te faltará. Pero no podemos casarnos todavía... Eso sólo sería una desventura para los dos.

—¡Qué tonta he sido!... ¡Pensar que creí en tu amor!

—No me hables así, Telma. Voy a hacer un último esfuerzo para convencer a mi padre an-



—...Pero desde hoy en adelante no debes apurarte... No te faltará nada.

tes de que se vaya; pero, por si no lo consigo, reflexiona sobre lo que te he dicho y estoy seguro de que, cuando lo hayas pensado bien, verás que tengo razón.

Norris se puso de nuevo a hablar con su pa-

dre, sin obtener mejor resultado que la primera vez.

Por su parte Telma, dispuesta a hacer valer sus derechos, obraba con admirable sangre fría, secundada por el ama de llaves.

De vuelta Norris en las habitaciones de Telma, ésta supo que no había esperanza para llevar a cabo entonces su propósito de casarse, y se defendió ella misma con entereza.

—Norris, tu padre es tu padre, es cierto; pero yo soy yo y además la madre del hijo que tú me hiciste. Tu deber te exige que te pongas de mi lado y repares tu falta. Sí, te amenazo. No puedes salir de aquí porque todo está cerrado. Esto quiere decir que ya no suplico más; que no saldrás de este aposento hasta que hayas cumplido con tu deber.

—Pero, Telma...

—No intentes acercarte ni apelar a la violencia. Esta arma se dispararía contra ti y luego daría cuenta de mi vida. Es un caso insólito, tal vez, dirás tú, mas no deja de ser muy lógico. Tú me quitaste la honra. Yo ahora te exijo la reparación. Has tratado de seguir los impulsos de tu egoísmo, desentendiéndote de todo, como un cobarde, en tanto que yo, sólo porque soy mujer, una mujer a la que tú hiciste culpable, debo sufrir sola y sin apoyo, las consecuencias de la falta que los dos cometimos. ¡Pero no será así!... ¡Me darás la protección de tu nombre!

—Reflexiona, Telma... Si tú conocieras a mi padre...

—Todo está resuelto por mí. He mandado llamar a un pastor para que nos case.

—¡No puedes obligarme a hacer una cosa que arruinará nuestras dos vidas!

—¡Lo que no puedo es tolerarte que arruines mi reputación! ¡Lo que tú no puedes es dejar de cumplir con tu deber!... ¡Si eres cobarde, yo te haré ser valiente por fuerza!

Dominado por el temor de qué Telma cometiera una barbaridad o acaso convencido por los razonamientos de ella, Norris no tuvo valor para rebelarse contra la realidad, y a poco el pastor, llamado por el ama de llaves e introducido en la casa por ella misma, los casaba.

Después de la boda, Telma escribió en un papel esta despedida para Norris:

No volverás a verme más.

Y sin que nadie la viera, excepto el ama de llaves, preparó su equipaje y huyó.

.....

Los cinco años que siguieron fueron para Telma una batalla tremenda, una lucha constante por sostener su vida y la de su hijo. Pero, al fin, como maestra de una escuela lejana del Oeste, había logrado dulce contento y honrado trabajo. Y la ingenua alegría de un ser inocente servía de consuelo a su triste existencia.

David era el nombre del hijo de Telma. Vi-

varacho e inteligente, enorgullecía a su madre.

Algunos meses de reflexión hicieron reconocer a Norris que había obrado mal y, decidido a perdonar, había buscado por todos los me-



Y sin que nadie la viera preparó su equipaje y huyó.

dios a su mujer y a su hijo. Al fin, interceptando una carta dirigida por Telma al ama de llaves de su hermana, supo Norris dónde encontraría a sus dos seres queridos.

Faltóle el tiempo para acudir a proponer la reconciliación.

Cuando Norris llegó a casa de la maestra, ésta se hallaba en clase, en una casita en mitad del bosque, a pocos pasos de su hogar.

Le recibió la mujer de faenas de Telma. Preguntó por su esposa.

—La señora Tonsend no debe tardar en llegar de la escuela... ¿Quiere usted esperarla?

—Sí. Esperaré.

Al terminar la clase, los niños, muy obedientes, abandonaron las mesas de estudio y sólo quedó en el colegio David, su madre y un Inspector de *tournée*.

—¿No vienes a casa conmigo, mamá? —dijo el niño a Telma.

—Ve solo, que ya te alcanzaré... Tengo que repasar unos informes con el señor Inspector.

**

David vió a un señor —su padre —en su casa, y muy modoso, después de algunos titubeos, se aproximó a él.

Norris lo atrajo a sí con sonrisas pensando en que era muy posible que ese fuese su hijo, quien se presentó ingenuamente a sí mismo.

—Me llamo David Tonsend Miller.

Norris acarició con inefable ternura a su hijito y ansiaba tener derecho a que le llamase padre.

Telma no tardó en llegar.

Al ver a Norris se le enarcó el pecho de emoción. Pero no le perdonaba los sufrimientos que por su causa había padecido.

—¡A qué has venido aquí?... ¡Qué pretendes?

Norris, arrepentido, humillóse ante su magnífica esposa.

—Telma, desde que te separaste de mí, no he hecho más que buscarte por todas partes.

—¡Para qué? ¡Vienes a pedirme que te ayude a conseguir tu libertad oficial? Supongo que eso es lo que quieres...

—No, Telma, no. Lo que quiero es vivir a tu lado y al lado de nuestro hijo.

—¡Imposible! Mi hijo no puede quererte.

—Apiádate, Telma, de mí. Aunque ya no sientes amor hacia mí, al menos permitirás que David, nuestro hijo, venga a pasar unos días a mi lado.

—Antes lo repudiaste... y ni siquiera querías darle tu nombre... De modo que no tienes derecho alguno a él.

—No eres justa, Telma...: ni con él ni conmigo.

—¡Y te atreves tú a decirme que no soy justa con mi hijo! ¡Qué pronto se te ha olvidado lo que hiciste!

—Lo sé, sí, sé que procedí mal, pero estoy dispuesto a dar hasta la última gota de mi propia sangre por reparar el daño que hice. Si tú supieras... Durante cinco años he sufrido tormentos indescriptibles. Jamás he encon-

trado por la calle un niño andrajoso, sin pensar, con frío en el alma, que quizás el mío tendría hambre... Y ahora que te he encontrado, que lo he encontrado a él, quiero llevártos a ambos a mi lado, a mi casa, junto a mi corazón, para daros todo el amor que os tengo... a cambio de lo que os he hecho sufrir.

—¡Eso nunca! ¡Jamás volveré a vivir contigo! ¡David no saldrá de esta casa!

—Entonces, aquí me quedo.

Telma, vencida por el dolor que le producía el recuerdo del pasado que le obligaba a rechazar la mano que al fin les tendía a ella y a su hijo Norris, rompió a llorar y ocultó su rostro en sus manos apoyada en una mesa.

Después de una larga batalla de voluntades, Telma decidió complacer a Norris.

—No puedo luchar más... Iré a tu casa con David.

—¡Gracias, Telma!

—Pero ten siempre presente una cosa: iré como madre de David y no como esposa tuya.

—Tú mandas, Telma. Yo me limitaré a procurar que me perdes y que vuelva a ser para ti lo que antes fuí.

...
En la casa de los Tonsend, en Florida, Telma ocupaba su lugar, pero persistía en ser extraña a su marido.

El padre de Norris ni tampoco su hermana pudieron negarse a que Telma conviviese con ellos, pues Norris se mantuvo firme—¡oja-

lá lo hiciera antes!—en su criterio de abandono todo excepto su verdadera familia, por cuya felicidad estaba dispuesto a todo.

Convertida en una gran dama, resaltando espléndentemente su belleza en el nuevo marco de vida, Telma hacía sufrir a Norris con su indiferencia.



—*No puedo luchar más... Iré a tu casa con David.*

Mas Norris, resignado, no perdía la esperanza de hacerse acreedor a su cariño.

David era consuelo de la amargura de su padre. De Telma, el orgullo. Una institutriz cuidaba de su educación, bajo la vigilancia de

Telma y cada día el talento del niño daba mayores muestras de seguridad.

Un día, David y su institutriz se disponían a ir a una fiesta infantil que se celebraba en casa de una familia amiga.

No quiso el niño marcharse sin despedirse de su mamá, para que le viera el traje nuevo,



—*No quiso el niño marcharse sin despedirse de su mamá...*

y darle un beso.

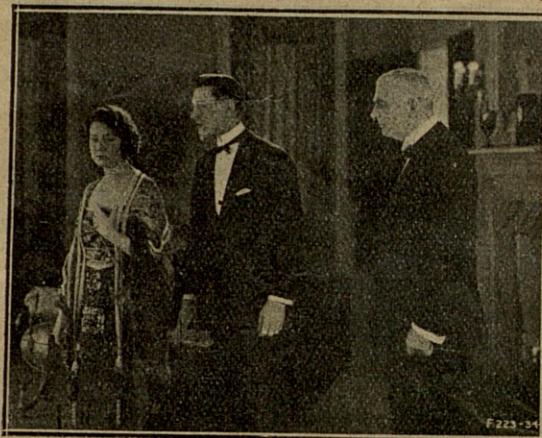
Telma le recomendó sonriente que fuese gallante con las niñas y amigo con los niños.

De regreso Telma al salón, después de despedir a David, Norris la invitó a dar un pa-

seo, a lo cual ella se negó, como siempre que él le proponía algo, sin rodeos.

A solas Norris y su padre—que había asistido a la anterior escena—, éste le objetó:

—¿Cuánto tiempo vas a tolerar todavía esta vida... al lado de una esposa que ni siquiere te dirige la palabra, como no sea por ne-



F223-34

...la invitó a dar un paseo, a lo cual ella se negó...

cesidad?

—Telma está en su derecho, papá.

—Eso es absurdo.

—No lo creo yo así.

—Hace ya tres meses que la trajiste a casa

contra mi voluntad y la de tu hermana—que por eso se fué con sus hijos—, y sin embargo, sigue huyéndote... ¿Acaso intentas atraerla a tu corazón?

—Eso es cosa mía... y de Telma. Mi hermana ha cometido con mi esposa la falta de consideración más grave que puede cometer una mujer. ¿No lleva por ventura Telma mi nombre? ¿No es David mi hijo? ¿Por qué razón, entonces, mi hermana les ha hecho a los dos el desprecio de no querer vivir en su compañía?

—Cuestión de amor propio.

—Ahí está el error. ¡Amor propio! A tiempo es indispensable tenerlo. Yo, por ejemplo, no debí escucharte cuando tú me obligaste a abandonar mi recto propósito de casarme con Telma. Pero no tuve el bastante amor propio. Te temía. De ello no debes enorgullecerse. Jamás querré que mi hijo me obedezca por imposición mía, sino voluntariamente. Procuraré inculcarle el sentimiento del deber sobre todas las cosas y haré verle que yo soy su amigo, su confidente, para ayudarle a salir airoso de los apuros en que se encuentre. Perdona que establezca un parangón entre lo que tú has sido siempre para mí y lo que yo deseo ser para mi hijo. Si tú me hubieses ayudado a ser hombre hace seis años, las cosas estarían de otro modo. Verías a tu hijo feliz. Opino que la felicidad de un hijo, la halle donde la halle, es el supremo anhelo de un padre.

Godard no supo qué contestar. La censura de Norris era muy justa. La felicidad ni se compra ni se vende. Se halla casualmente. La felicidad está en todas partes. La vanidad y el orgullo se rinden a sus pies.

Después de la fiesta infantil, David y la institutriz regresaban a su casa en el automóvil de la familia.

En camino, debido a una falsa maniobra del *chauffeur*, el coche se salió de la carretera bruscamente.

El ama de llaves dijo a Telma:

—Ya es hora de que el niño se acueste, señora, pero no ha regresado aún de la fiesta.

—Debía estar ya aquí. En efecto, es muy tarde. Voy a pedir por teléfono si ha salido ya de la reunión.

Telma telefonó a la señora de la casa donde se había celebrado la fiesta y se enteró de que David y la institutriz salieron en automóvil hacía media hora.

Intranquila, mordida por la contingencia de una desgracia, Telma buscó ayuda, consuelo, estímulo. Y pensó en Norris, a quien sorprendió, así como a su padre, con esta noticia:

—Debe haber ocurrido algo a David... Hace media hora que salió en automóvil de casa de los Bartois y aun no ha regresado aquí.

Norris se puso en pie prestamente, y tranquilizó a Telma.

—No te aflijas... Habrán reventado algún neumático por el camino... Saldré a su encuentro.

Godard, el abuelo, compartió con Telma, sin poderlo remediar, la terrible angustia de la espera.

Norris vió el auto detenido en la cuneta de la carretera, los esfuerzos del *chauffeur* para reparar las averías sufridas por las ruedas delanteras, y a su hijo David con la institutriz contemplando, sanos y salvos, el trabajo del mecánico.

Sin detenerse a pedir explicaciones al preocupaado *chauffeur*, Norris mandó subir en el coche en que salió al encuentro del averiado, a su hijo y a su acompañante, y a toda velocidad regresó a su casa, para sacar de sus temores horribles a Telma.

Esta abrazó con delirio a su hijito y agradeció íntimamente—nada más que íntimamente—el interés—muy natural, desde luego—que Norris había demostrado por su hijo... y por ella. La rápida vuelta con él lo demostraba.

David, contestando a una pregunta de su madre, dijo, en un tono muy formal:

—No me asusté... Como me has dicho que los hombres deben ser siempre valientes...

.....
El ama de llaves acostó al niño.

Telma fué a besarlo y desecharle las buenas noches.

El niño, que como Telma había comprendido el susto que se llevó su padre atribuyendo la tardanza del automóvil a un accidente, rogó a su madre:

—Deja que también papá suba a darme un beso antes de que me duerma.

Telma cerró los ojos para contener una lágrima... y besó amorosa al niño.

Godard, al fin, por amor al niño, había cobrado gran cariño a Telma, y prometió a Norris que tanto él como su hermana se reconciliarían con su esposa.

Norris, por su lado, buscó la reconciliación con Telma, y subió al cuarto del niño.

David bromeó con ellos—aisladamente—y Norris, enamorado de Telma más que nunca, la miraba con infinita dulzura. Ella rehuía sus miradas...

Cuando el sueño venció al niño, Norris, a solas con Telma en una habitación lindante con la de David, le habló así:

—Telma, ¿acaso no he purgado ya bastante mi delito? ¿Por qué no empezar de nuevo nuestras vidas?

—No hay arreglo posible, Norris. Es inútil...

—He sufrido mucho y continúo sufriendo... ¿No tendrás nunca piedad de mí?

—No.

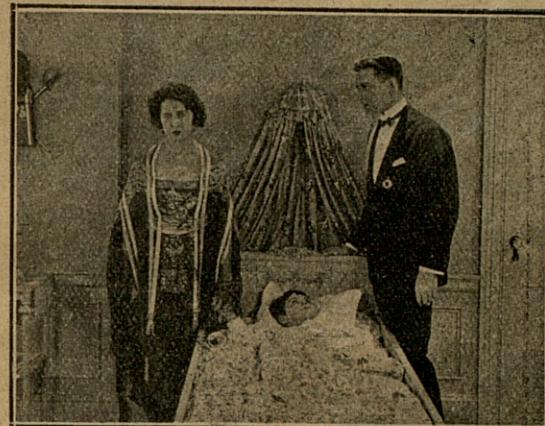
—Tú sabes que te quiero de veras.

—Fuiste antes tan egoísta, Norris, que en ese cariño que ahora me ofreces temo que no haya más que eso: egoísmo y sólo egoísmo.

—¡No, Telma, no lo creas!

—Creo además que serías capaz hasta de arrebatarme a mi hijo... si te dejara yo.

—Amo a David y te amo a ti más que a



Ella rehuía sus miradas.

nada en el mundo. Pero, si no puedo hacerte feliz, me marcharé.

—Como quieras.

—Tienes razón, Telma. Mi amor ha sido egoísta, pero ahora te dejaré que vivas sola... con nuestro hijo.

—¡Al fin hablaste como yo lo esperaba! ¡No te vayas, Norris! Nunca he dejado de amarte, aunque a veces me detestaba a mí misma por ello. Pero he querido que tu amor fuera grande: el verdadero amor, que es sacrificio y abnegación y no egoísmo. Ahora estoy satisfecha de ti.

—¡Oh, Telma! Entonces, ¿me quieres de veras?

—Con toda mi alma. Como si hoy me hubiera enamorado de ti locamente.

Sonó el chasquido de un prolongado beso.

—¿Se puede?—preguntó una vocecita.

Era David, que se reunía con sus padres, abrazándoles.

—Nada es comparable a esta dicha, Telma de mi vida—murmuró Norris.

Y David se reía viendo enlazadas las manos de sus padres.

FIN

Prohibida la reproducción

Revista por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela

LA MUJER DE BRONCE

Interesante historia de una amantísima esposa

Protagonista: CLARA KIMBALL YOUNG

EXCLUSIVA GAUMONT

Postal - obsequio:

10 fotografías

LILLIAN GISH

30 céntimos

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRÁFICA

Sale todos los viernes en toda España

